

empresa á Juan, diácono de la iglesia de Constantinopla, y al propio tiempo tesorero general del imperio: abuso que propagado del occidente al oriente, aunque tan opuesto á los cánones, cundió por todos los estados cristianos de tal manera, que ya casi no admiraba ver á los eclesiásticos ir á la guerra particularmente contra los infieles. No obedecieron sin embargo al diácono guerrero, y sublevándose las tropas le quitaron la vida y luego tomaron en desorden el camino de Constantinopla. Al pasar por Adramira, ciudad de la Natolia ó Asia menor, vieron á un recaudador de las rentas públicas llamado Teodosio, quien solo pensaba en gozar de su opulencia y del reposo de su vida privada. Tuvo la desgracia de agrada-rlés, y le obligaron á tomar las riendas del imperio. No pudo Anastasio resistirles, y se hizo monge despues de un reinado de cerca de tres años; mas el de Teodosio solo fue de catorce meses. Leon, general del único egército que hacia frente á los esfuerzos de los musulmanes, se adelantó desde las provincias orientales, y en 25 de Marzo de 717 obligó á que le cediesen el imperio, violentando á Teodosio y á su hijo á que abrazasen el estado clerical. Multiplicáronse en medio de tantas revoluciones los desórdenes, las muertes violentas, los destierros de los ciudadanos y el saqueo y ruina de las ciudades. Hicieron por último tan despreciables los restos del poder romano, que los musulmanes tornaron á penetrar hasta las puertas de Constantinopla. Leon, llamado Isáurico, que reinó veinticuatro años y mostró

desde luego habilidad en el arte de gobernar y en el de la guerra, puso en fin el colmo á la desolacion pública con el furor que manifestó contra el culto de las santas imágenes y contra los egercicios mas acreditados de la Religion.

Los lombardos asolaban la Italia y se apoderaban de cuanto podian sorprender en los dominios del imperio y de la Iglesia. Revistiéndose algunas veces de sentimientos de fe y de temor de Dios, pedian perdón y satisfacian al Papa; pero arrastrados al punto por la fuerza de la costumbre, volvian al pillage que era la inclinacion dominante de aquellos bárbaros.

30. Todo preparaba en España la pérdida de la monarquía y del cristianismo. Sin embargo se celebraron, bajo el reinado de Égica (*), el décimo sexto

(*) El Rey Ervigio, deseando siempre afirmarse en el trono, y atraerse mas y mas el amor de sus vasallos borrando las sospechas que se formaran contra él al tiempo de su elevacion, trató de enlazar su familia con la de su predecesor, y casó á su hija Cixilona con Flavio Égica, primo de Wamba y nieto de Chindasvinto. Acometido despues de una grave enfermedad en el año 687, y viéndose desauiciado y cercano á morir, nombró á su yerno por sucesor, alzó á la nacion el juramento de fidelidad que le tenia hecho para que lo pudiese prestar al nuevo Rey, y murió al dia siguiente 15 de Noviembre. Reconocieron inmediatamente los grandes y proclamaron á Égica, ungiéndole, segun la piadosa costumbre, el arzobispo San Julian en la iglesia de los Santos Apóstoles de Toledo, el domingo á 24 del mismo mes: tales fueron los medios pacíficos por los que subió al trono de los godos el último de aquellos Reyes que se mostraron dignos sucesores del gran Recaredo, cuya prudencia y mansedumbre, justicia, piedad, celo por la Religion y sabiduria

y décimo séptimo concilios toledanos, cuyos sabios cánones nos ha conservado el tiempo (1). Separaron y espulsaron para siempre de la sociedad á los fieles que hubiesen cometido pecados contra naturaleza, condenándolos á ser raidos como infames, y á sufrir cien azotes; pero previenen los padres que en el artículo de la muerte, precedida una digna penitencia, se les conceda la comunión, del mismo modo que á los idólatras y á los apóstatas. Ordenan á los obispos

en el arte de reinar resplandecieron admirablemente en Égica, y á su muerte espiraron por entonces con él.

Corriendo el primer año de su reinado, á saber en Mayo de 688, se tuvo el concilio decimoquinto de Toledo, al que asistieron cinco metropolitanos, cincuenta y seis obispos, cinco vicarios de los ausentes, nueve abades, el arcediano, arcipreste y primicerio de Toledo, y diez y siete condes. Presentóse el Rey en la primera sesión según costumbre, hizo una devota alocución á los padres, y les entregó un escrito en que les consultaba sobre algunos puntos pertenecientes al juramento que habia hecho á Ervigio de proteger su familia, y á otras materias políticas. Retirado el Príncipe, ante todas cosas renovaron los padres su profesión de fe, conforme de todo punto á la de los cuatro concilios generales; trataron después de responder á la censura que el Pontífice San Benedicto II habia puesto al libro escrito por San Julian y aprobado en el sínodo anterior de Toledo contra los monotelitas, en el que se leían algunas palabras sobre la procesion del Verbo y del Espíritu Santo, y acerca del misterio de la Encarnacion, que se tuvieron en Roma por nuevas é inusitadas. Compuso á este efecto el mismo San Julian con aprobacion de los demás prelados un hermosísimo apologético, en el que esplica sus sentencias y demuestra su exactitud, apoyándolas en muchos lugares de la Escritura y de los santos padres. Por este escrito, conservado entre las actas del concilio de que tra-

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1327. et seq.*

que para reconstruir las iglesias que se iban demoliendo, utilicen el tercio de las rentas de las iglesias rurales que los cánones les habian concedido; y que si ellos no reciben este tercio, se encargue á los sacerdotes que sirven estas iglesias su reparacion. Este método se observaba igualmente en las Galias, como hemos observado tratando de San Ausberto de Ruan. Sisberto, arzobispo de Toledo, conspiró contra su Soberano, por cuya causa le depusieron, privaron de

tamos, se puede conocer cuán grande y profunda era la sabiduría de los obispos españoles, en aquel tiempo en que las tinieblas de la ignorancia se estendian rápidamente por todas partes. Cuando llegó á Roma esta apología, mereció las mayores alabanzas del sucesor de San Pedro y de todo el clero romano. Finalmente, los padres de Toledo respondieron en nueve capítulos á los puntos presentados por el Rey, determinando por regla general, que los juramentos obligaban en cuanto no se hiciese injusticia á nadie. Dos años después de este concilio murió el arzobispo San Julian.

En el de 691, se celebró por orden del Rey el sínodo tercero de Zaragoza, del cual tenemos cuatro cánones de disciplina, y uno que manda espresamente á toda Reina que quedare viuda retirarse á un monasterio, donde fuese tratada con respeto. Esta ley, promulgada ya en otros concilios de España, no tenia otro objeto que el laudable de precaver que dichas Reinas viudas fuesen maltratadas por el pueblo, cuando por la eleccion de un nuevo Soberano se mudase la dinastía. En el mes de Abril del año 693, sexto del Rey Égica, se juntó el dedimosesto de los concilios toledanos, al que concurrieron cincuenta y nueve obispos, tres diputados de los ausentes, cinco abades, y diez y seis señores de la corte; y á 9 de Noviembre de 694 celebraron el décimoséptimo muchos prelados de las diferentes provincias del dominio godo, cuyo número y suscripciones no constan. Véanse sus actas en el tom. 2 de Aguirre pág. 735 y sig.

todos sus bienes, y entregaron á disposicion del Rey que le condenó á un encierro perpetuo (*).

Determinaron tambien que no se le daria la comunion sino en el artículo de la muerte, á no ser que el Rey le perdonase. Elevaron en su lugar á Felix de Sevilla, sustituido sucesivamente por Faustino de Braga, y este por Felix de Oporto. Verificaban de este modo á un tiempo tres traslaciones, que demuestran quanto habian cambiado las ideas, á lo menos en España, con respecto á una práctica tan reprehensible en otro tiempo. Se debe tambien observar en estos concilios mistos de obispos y señores, la distincion que hacian de las cosas espirituales y temporales. Dispusieron que al principio de cada una de estas asambleas mistas se ayunaria tres dias consecutivos, durante los cuales tratarian de la fe, de la cor-

(*) Sisberto, inmediato sucesor de San Julian, era estremadamente orgulloso, astuto y lleno de presuncion. Tuvo la osadía de usar por asiento la misma cátedra en que estuvo sentada la Reina de los cielos nuestra Señora cuando se apareció á San Ildefonso, cuya silla jamás quisieron ocupar sus antecesores por guardarle la debida reverencia. De esta profanacion se precipitó en el gravísimo delito de rebelion contra el Rey Egica, á quien intentó destronar y quitar la vida. Se decidió su causa en el concilio décimosesto, en el cual fue Sisberto destituido de su dignidad, y desterrado á reclusion perpetua en el monasterio de Cardeña. De este hecho tomaron ocasion los padres para formar el nono de sus decretos, que será un monumento eterno de los beneficios que la Religion y la Iglesia católica ha hecho á la monarquía. «Que despues de Dios, dice, se guarde suma fidelidad á los Reyes como á *Vicarios y Ungidos del mismo Dios*; pues nadie se les opona que no esperimente el castigo.»

reccion de los obispos, y de otros objetos puramente religiosos, sin admitir lego alguno. Notamos tambien que en el dia de jueves santo despojaban los altares conforme se practica en el dia. Bajo el reinado de Witiza, que sucedió al Rey Egica en el año 701, se celebró tambien un concilio que es el décimo octavo y último de Toledo, del que no nos han quedado ni actas ni cánones (*); y desde el año 694 en que se celebró el concilio diez y siete, hasta mediados del siglo nono, esto es, cuasi por espacio de ciento y cincuenta años, apenas se hallan monumentos de la iglesia de España (1).

31. Todo lo arruinó Witiza con sus injusticias, violencias y disolucion desenfrenada (**). Tuvo mu-

(*) Esta falta de las actas y decretos del concilio décimo octavo de Toledo la han atribuido algunos escritores á que en él se establecieron leyes contrarias á la piedad y á la disciplina eclesiástica, por lo cual, segun dicen, se debieron condenar á un perpetuo olvido. Pero esta opinion es absolutamente improbable, ya porque los principios del Rey Witiza en cuyo primer año se tuvo aquel concilio fueron buenos, ya porque celebrado bajo la presidencia del santo arzobispo Gonderico, no se puede presumir que formase estatutos opuestos á la Religion y á la Iglesia. Tal es el juicioso y bien fundado parecer del Emmo. Baronio.

(1) *Roderic. Tolet. lib. 11. cap. 16. et 17.*

(**) El sabio y piadoso Rey Egica resolvió á fines del año 697, con acuerdo del reino, nombrar por compañero y sucesor en el trono á su hijo mayor Witiza. Hecho el nombramiento, lo envió gobernador de lo que antes habia sido reino de los suevos en Galicia y Lusitania. Puso Witiza su corte en Tuy, donde todavia se conservan ruinas de la casa real que construyó entonces. El Rey estaba ya en edad muy avanzada, y en

chas mugerés á un tiempo , sin contar una multitud de concubinas : y no satisfecho con que los grandes y el pueblo imitasen su egemplo , quiso que tambien le siguiese el clero. Era entonces arzobispo de Toledo Gonderico , prelado ilustre por su santidad , del que afirman que obró muchos milagros : con su prudencia , y mediante una sabia combinacion de dulzura y de firmeza , pudo contener algun tanto los progresos del mal. Pero habiendo fallecido en circunstancias tan críticas , tuvo por sucesor á Sinderedo , que lejos de remediar y oponerse con valor á la corrupcion reinante , trató con rigor injusto á los ecle-

Octubre de 701, ó segun otros de 702, falleció de muerte natural en Toledo. Pasó entonces Witiza desde Tuy á la capital, y fue reconocido y ungido Rey con general aplauso de la nacion. Principió á reinar derramando beneficios; alzó la condena á cuantos habia desterrado su padre , devolviéndoles sus honores, empleos y rentas; mandó quemar los procesos para que no quedase memoria de los delitos de que les acusaban, y la gracia fuese irrevocable; moderó los tributos; distribuyó premios; en una palabra: los primeros pasos de Witiza no pudieron ser mas lisongeros, y prometian un reinado feliz y glorioso. Pero se torcieron en breve, y tomaron la senda del precipicio, no solo suyo, sino tambien de toda España. Cayó de unos en otros despeñaderos, y comenzando por la lujuria, fecunda origen de casi todos los vicios, se prostituyó á todos ellos, y de Rey y padre de sus pueblos se hizo el mas cruel y odioso tirano. Don Gregorio de Mayans en su defensa de Witiza impresa en esta ciudad de Valencia en 1772, se propuso con su gran talento y erudicion hermostear la imágen de aquel Soberano; pero debemos decir en honor de la verdad, que el retrato que acabamos de hacer de Witiza es el mismo que hallamos en la mayor parte de los historiadores antiguos.

siásticos mas venerables. Estaba Witiza lleno de gozo al ver humillados á unos personajes que detestaban sus excesos, y algunas veces osaban resistirle cara á cara. Escitó malignamente el ardor bastante imperioso del arzobispo, de modo que degenerando en tiranía el gobierno episcopal, apelaron los oprimidos al Papa. Receloso el Rey de que la autoridad eclesiástica perjudicase á la suya, prohibió obedecer las constituciones eclesiásticas; y no solo persistió, sino que mandó que todo clérigo tuviese una muger ó concubina, y muchas si le placía. Confirió el arzobispado de Sevilla á su hermano Oppas, y viviendo Sinderedo, á quien despreciaba al mismo tiempo que se valia de él para sus culpables designios, le aunó el arzobispado de Toledo con doble desprecio de los cánones. Tornó á llamar honrosamente á aquellos judíos que en el principio de su reinado condenó á una servidumbre perpetua, como convencidos de haber conspirado de acuerdo con los moros ó musulmanes de África contra el estado y la religion, y concedió á sus sinagogas mas privilegios que los que tenian las iglesias. Mandó dar muerte á Favila, hijo del Rey Chindasvinto, y sacar los ojos á Teodofredo, hijo de Recesvinto, duque de Córdoba. Temeroso de que tantos excesos produjesen en sus vasallos alguna rebelion, ordenó que se demoliesen las murallas de todas las ciudades, lo que no impidió de modo alguno á Rodrigo, hijo de Teodofredo, el egercer una funesta venganza. Tomó las armas, y seguido de una multitud innumerable de descontentos hizo prisionero á Witiza.

za, á quien mandó sacar los ojos, y luego fue reconocido Rey por todos los grandes (*).

32. Los sarracenos, árabes ó moros (pues se les daba indiferentemente todos estos nombres) miraban con complacencia los desórdenes que arruinaban á las potencias cristianas en las estremidades de occidente y oriente. Era todavía su Soberano Ovalib ó Valid, de la casa de los Ommiadas, como tambien Moavia y todos los califas intermedios: y residia en Asia, desde donde enviaba sus órdenes á todos los lugares de sus inmensos dominios. Confirió el gobierno de Egipto á su hermano Abdelaziz, que mandó tomar una razon exacta del número de monges, y exigir de cada uno de ellos un dinar ó un sueldo

(*) La muerte de Witiza es otro de los puntos que controvierten nuestros escritores: suponen unos que falleció de enfermedad en Toledo el año 711, sin que hubiese sido preso por D. Rodrigo; otros dan por cierta la prision, y dicen que murió en la cárcel de Córdoba en dicho año. Sea de esto lo que fuere, lo cierto y averiguado es que D. Rodrigo se apoderó del reino viviendo aun Witiza, y á su muerte fue generalmenté reconocido con preferencia á los dos hijos, Elba y Sisebuto, que dejara su predecesor. De este modo á un reinado disoluto en las costumbres, y principio de todas las calamidades que inundaron poco despues á España, se siguió otro sumamente infeliz, en que todo se vino á perder en medio del abandono y prostitucion general á todo linage de vicios. Los godos, tan formidables en el tiempo anterior á todos sus enemigos, tan felices desde Recaredo, tan abastados en toda clase de bienes, desde el momento que despreciaron y olvidaron la Religion, se hicieron los mas cobardes, desgraciados y merecedores del desprecio del mundo y de los terribles castigos con que Dios afligió á la nacion.

de oro por cabeza: este fue el primer tributo que se les impuso. Muza ó Moisés, ya anciano pero siempre guerrero, era gobernador de África, es decir, de las regiones confinantes con el mar desde Egipto hasta el estrecho de Gibraltar. Cuentan de Valid que deseando edificar una mezquita en Damasco, su capital, propuso á los cristianos que le vendiesen la iglesia mayor, dedicada á San Juan y vecina á la mezquita, ofreciéndoles cuarenta mil dinares; pero que rehusando ellos abandonar á precio de dinero el lugar santo á la profanacion, no se detuvo en esto el musulman, y mandó echar á tierra la iglesia sin pagarles cosa alguna.

33. Rodrigo, encumbrado al solio de los godos, olvidó las causas que habian precipitado á su predecesor (1). Tuvo como él muchas mugeres y concubinas, no respetó la gerarquía ni la virtud, y en los ardores de su vergonzosa pasion abusó de la hija del conde D. Julian, gobernador de Tingi, única ciudad que quedaba á los godos en la costa de África. Propuso el desesperado Julian á Muza la conquista de España que le pintó como muy fácil, respecto de haberse derribado por orden de Witiza los muros de las ciudades, y logró pusiese en pie de guerra veinticinco mil hombres mandados por Taric, general célebre de los árabes.

El Rey Rodrigo, afeminado con los placeres y dueño de unos pueblos sin valor, sin costumbres y

(1) *Roderic. Tolet. lib. 1., 2. et 3. = Isidor. Pacens. pag. 11. Chron.*

poco obedientes por otra parte á un Soberano que habia llegado á serlo por medio de la rebelion, se presentó á los enemigos con aquel primer ímpetu de valor que no siempre cede á la afeminacion. Indecisa dejó la suerte el combate; mas como los sarracenos renacian sin fin unos de otros reparando completamente sus pérdidas, y Rodrigo carecia de constancia y de los socorros necesarios para hacer frente á esta continuacion de ataques, ganaron en fin una batalla decisiva, en que perdió la vida este Rey voluptuoso. Muza pasó en persona á España, adelantándose hasta Toledo: y Sinderedo, obispo legítimo de aquella capital, lleno de temor, abandonó cobardemente su rebaño y emprendió la fuga. Entregó la ciudad el usurpador Oppas al cruel musulman, que asesinó á todos los principales, y subyugó la España hasta Zaragoza. Abrasaba las ciudades, crucificaba á los ciudadanos, y creía hacerles gracia cuando mandaba que los degollasen. Esparció en breve tiempo por todas partes el terror y espanto, de tal modo que las plazas mas distantes fueron á toda prisa á pedirle la paz, y se sometieron sin resistencia al yugo de los bárbaros. Destinaron para capital á Córdoba, que ya antes lo habia sido de los romanos: y he aquí el fin desgraciado de la monarquía goda en España, despues de una duracion de cerca de tres siglos, esto es, desde el año 415 en que entraron conducidos por Aulfo, hasta el de 713. Recibió el conde D. Julian el castigo que rara vez falta á los traidores: dieron muerte á su muger y á su hijo,

y á él cargado de cadenas le hundieron en un calabozo donde murió de miseria (*).

Sostúvose la Religion cristiana bajo la dominacion de los musulmanes así en España como en el resto de su imperio, á pesar de las persecuciones mas ó menos largas y algunas veces muy vivas. Pero en las montañas de Asturias, á donde se refugió un puñado de españoles intrépidos, conservó siempre una gloriosa independencia. Eligieron por su Soberano en el año 718 á Pelayo, hijo de Favila, de la sangre de sus antiguos Reyes. Puso en Oviedo la silla de este nuevo imperio, que por espacio de muchos siglos hizo frente á los esfuerzos de los vencedores infieles, celosos de dar fin á su conquista, quienes fueron siempre rechazados de un modo que les obligó á admirar como prodigio lo que despreciaban como milagro. Al huir de Toledo los antiguos cristianos, se llevaron una arca llena de reliquias que habia venido de Jerusalem, y que despues reverenciaron

(*) La invasion de los árabes en España segun nos la describen los antiguos historiadores está acompañada de hechos y circunstancias que, cuando no imposibles, son á lo menos inverosímiles. La narracion de los amores de D. Rodrigo con la Cava, la traicion del conde D. Julian, diferentes anécdotas del obispo Oppas, las maravillas de Covadonga, y otras cien relaciones semejantes examinadas por una prudente y justa crítica, vienen á desvanecerse por sí mismas, ó en el todo ó en su mayor parte. Véase la historia de la dominacion de los árabes en España, publicada por el eruditísimo Dr. D. José Antonio Conde, á la que remitimos á nuestros lectores en todo lo perteneciente á esta época, reservándonos únicamente anotar los sucesos mas principales y verídicos.

en extremo mirándola como á su mas segura salvaguardia.

Cuando notaron los sarracenos que estos refugiados tomaban una forma de estado, enviaron á Pelayo uno de sus generales llamado Alcaman, junto con el digno hermano del odioso Witiza, Oppas de Sevilla, que por su pérfida inteligencia con los infieles habia contribuido mucho á la ruina de su Religion y de su patria. Presentóse con fuerza armada y con dádivas el enemigo como opresor y corruptor á un mismo tiempo. Pelayo se retiró á la cueva famosa de Covadonga, que se miraba como consagrada á la Madre de Dios. Le acometieron al instante allí mismo los árabes, y Oppas se acercó y dijo á Pelayo: „vos sabeis, hermano mio, que toda España no ha podido resistir á los africanos; ¿qué esperanza poneis en algunos fugitivos sepultados entre las breñas de esta montaña? Esperimentad con nosotros la generosidad del vencedor, y gozad en paz de todos los bienes de la vida. Respondióle Pelayo: nosotros vivimos firmemente persuadidos de que de las rocas de estas montañas saldrá la salvacion de la patria, á la que vos haceis traicion, y el restablecimiento del imperio godo. Volved á los infieles, obispo desertor, en quienes habeis puesto vuestra confianza, y decidles que no tememos su muchedumbre. Señalará el Todopoderoso, despues de haber castigado á los siervos rebeldes, sus misericordias en los hijos sumisos.”

Tornando desde luego el obispo al egército ma-

hometano, dijo: avanzad; estos furiosos no se reducirán como no sea con la fuerza. Los sarracenos cargaron con furor, obscureciendo los aires con una nube de flechas que, segun afirman, retrocedian contra los mismos que las disparaban por un impulso superior que salia de la cueva de Covadonga. Sea lo que fuere, lo cierto es que alentados de improviso los fieles con un valor que parecia sobrehumano, salieron de sus cavernas, y abalanzándose á los infieles hicieron en ellos una horrible carnicería. Quedó en el campo de batalla el general Alcaman, cogieron al obispo Oppas, y dispersaron el resto del egército. Una partida de enemigos que iban huyendo por el declive de la montaña, fueron arrojados al rio que corria á la falda del monte, por un peñasco que se desprendió por sí mismo. Luego que estuvo libre todo el pais, se dirigieron las tropas de Pelayo contra Muza que mandaba en Gijon, en la misma provincia de Asturias. Este general árabe, uno de los cuatro principales autores de la invasion de España, fue muerto, y su egército de tal suerte derrotado que no quedó un solo musulman en toda la estension de los Pirineos. Así lo refieren los escritores de aquel tiempo, que dan este nombre á las montañas de Asturias, como tambien á las que separan las Galias de España. El primer cuidado de los fieles victoriosos fue tributar gracias á Dios: luego se dividieron en sociedades ordenadas, poblaron las ciudades, reedificaron las iglesias en sus domicilios montuosos, y se dispusieron á procurar la libertad de todas las Españas,